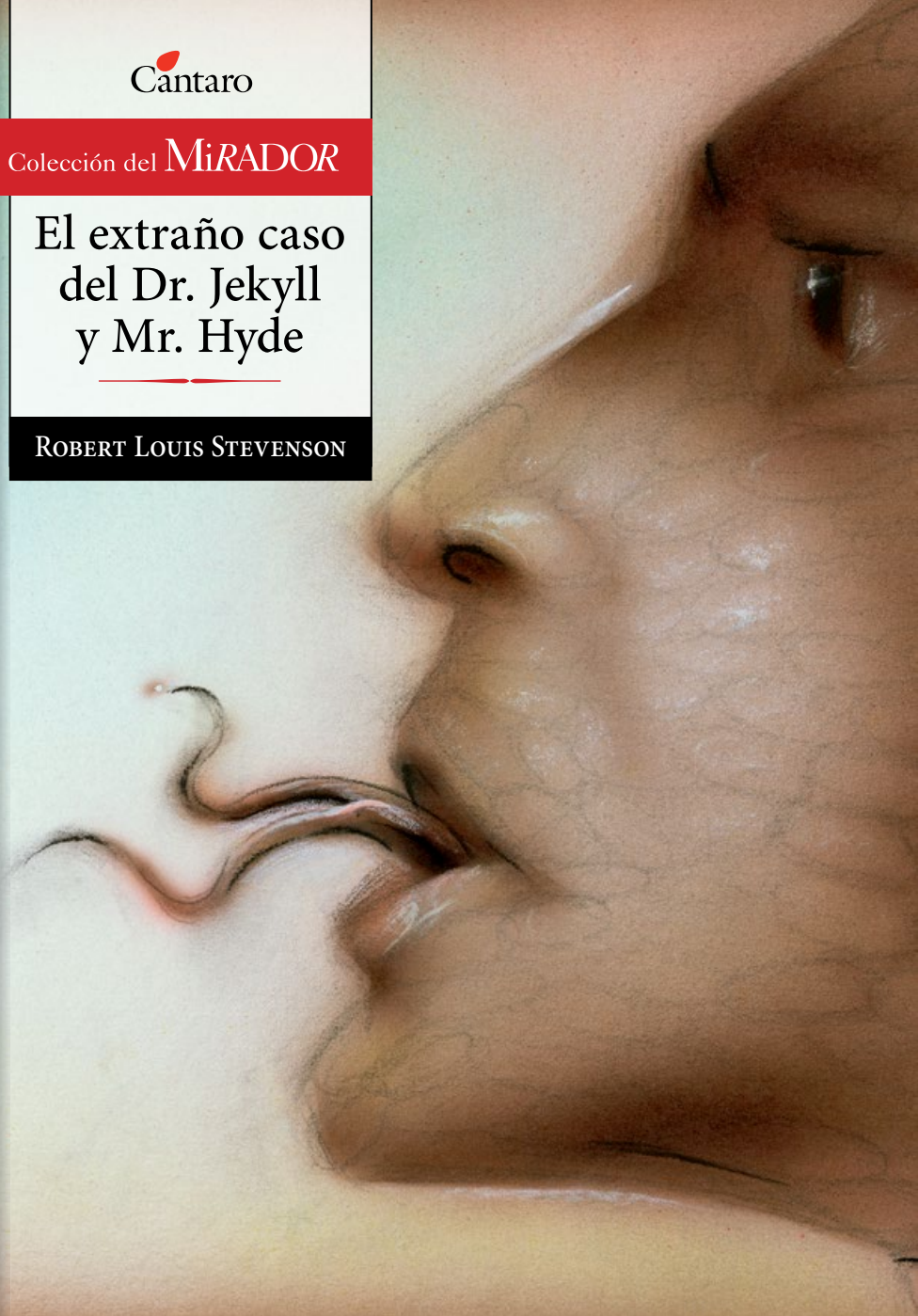


Cantaro

Colección del **MIRADOR**

El extraño caso
del Dr. Jekyll
y Mr. Hyde

ROBERT LOUIS STEVENSON



Colección del **MIRADOR**

El extraño caso
del Dr. Jekyll
y Mr. Hyde

ROBERT LOUIS STEVENSON

Colección del
MIRADOR

Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani

Editora de la colección: Karina Echevarría

Secciones especiales: Teresita Valdetaro

Traductora: Valeria Castello Joubert

Correctora: Cecilia Biagioli

Coordinadora de Arte y Diseño: Valeria Bisutti

Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Imagen de tapa: Latinstock

Stevenson, Robert Louis

El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde. - 3a ed. 2a reimp. - Boulogne : Cántaro, 2015.

112 p. ; 19x14 cm. - (Del Mirador ; 252)

Traducido por: Valeria Castello Joubert

ISBN 978-950-753-391-4

1. Narrativa Estadounidense. I. Castello Joubert, Valeria, trad. II. Título
CDD 813

© Puerto de Palos S. A., 2014

Editorial Puerto de Palos S.A. forma parte del Grupo Macmillan.

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

ISBN 978-950-753-391-4

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente por ningún medio, tratamiento o procedimiento, ya sea mediante reprografía, fotografía, fotocopia, microfilmación o mimeografía, o cualquier otro sistema mecánico, electrónico, fotoquímico, magnético, informático o electroóptico. Cualquier reproducción no autorizada por los editores viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

Puertas de acceso

Una casa con dos puertas

Por la puerta trasera de la residencia del distinguido Dr. Je-kyll, de la mano de su misterioso asistente Mr. Hyde, entrarán el desasosiego y la angustia en el sereno Londres dominical de Utterson y Enfield.

Afirma un teórico del siglo XIX que “la vida privada debe hallarse oculta. No está permitido indagar ni dar a conocer lo que ocurre en la casa de un particular”¹. El filósofo Emmanuel Kant, su contemporáneo alemán, refuerza este concepto señalando que “la casa, el domicilio, es la única fortaleza frente al horror de la nada, la noche y los oscuros orígenes”². Esta característica de la casa como espacio de protección se explicita en el relato cuando una criada contempla desde su ventana un atroz homicidio:

Una sirvienta, que vivía sola en una casa no muy lejos del río, había subido a la cama a eso de las once. Aunque la bruma cubrió

¹ Littré, *Dictionnaire*, 1863-1872. (Cit. por Ariés/Duby, *Historia de la vida privada*; vol.8. Buenos Aires, Taurus, 1987).

² Edelman, Bernard, *La Maison de Kant*, París, Payot, 1984.

la ciudad en la madrugada, la noche había estado despejada, y la calle a la cual daba la ventana de la sirvienta estaba iluminada por el brillo de la luna llena. Parece que se puso romántica, porque se sentó en un baúl que se encontraba justo bajo la ventana y cayó en un estado de ensoñación. [...] Y estando así sentada vio a un hombre apuesto, maduro, de cabello blanco, que se acercaba por la calle; y avanzando a su encuentro, otro hombre muy pequeño, a quien prestó menor atención al principio.

Cada uno de los personajes principales del relato tiene su hogar, y este lo refleja y lo ampara. Recordemos que en una época en que todavía no existían las obras sociales, la mayor parte de las veces, el nacimiento —y también la muerte— de las personas de cierta posición tenía lugar en el propio domicilio. Dirá Gaston Bachelard que “la vida empieza bien, empieza encerrada, protegida, toda tibia en el regazo de una casa”³.

A lo largo de esta novela corta el Dr. Utterson contemplará con terror cómo el hogar de su amigo Jekyll se convierte en un reducto cerrado, misterioso y siniestro. De tal manera la casa invierte sus términos, que deseará a veces estar afuera —en el terreno de lo nocturno y lo desconocido— a ser recibido en el salón que una vez él mismo consideró “el más acogedor de Londres”.

... se sintió tal vez aliviado cuando le negaron la entrada; quizás, en el fondo de su corazón, deseaba hablar con Poole en el umbral, rodeado del aire y los sonidos de la ciudad, antes que entrar en aquella casa de clausura voluntaria, y sentarse a hablar con su inescrutable recluso.

Esta casa con dos accesos y un misterio en el centro es una representación apropiada de la red de oposiciones que conforman la trama de un relato que oscila entre lo público y lo privado, lo

permitido y lo prohibido, lo diurno y lo nocturno, lo expresado y lo secreto, Henry Jekyll y Edward Hyde.

Una sociedad con dos caras

En la Inglaterra victoriana, que es el marco de estos sucesos, es menos lo que se muestra que lo que se oculta. En pocos momentos históricos se puede hablar con tanta precisión de una sociedad reglada y ordenada, donde cada uno tiene clara conciencia de lo que debe hacer, lo que debe decir y lo que debe callar.

Se conoce como *período victoriano* al que va desde la coronación de la reina Victoria de Inglaterra, en 1837, hasta su muerte, en 1901. Sin detenernos demasiado a hacer historia, nos parece de utilidad señalar que mientras las corrientes de pensamiento dominantes, como el Positivismo de Auguste Comte, el Realismo literario o el Evolucionismo de Charles Darwin, proponen un acercamiento a la realidad a través de la lógica, la experimentación científica y la percepción de los sentidos, lo que mantuvo a la civilización de mitad del siglo XIX fue una resignada fe en la realidad de todas las cosas que el materialismo negaba: creencias religiosas, hábitos cívicos y sociales, el dogma de la responsabilidad moral y la confianza en la conciencia y la voluntad. La suma de estas fuerzas invisibles se conoce como la *moral victoriana*.

Con el férreo autoritarismo que parece congénito a ciertas mujeres de la realeza inglesa, el reinado de Victoria logra insuflar este sentido ético y religioso a una sociedad basada casi exclusivamente en el desarrollo industrial y mercantil de la burguesía, a expensas de la desigualdad social y la pauperización extrema de grandes sectores de la población.

La correspondencia entre “valor” moral y “valor” económico se manifiesta más de una vez en el relato, por ejemplo, cuando Hyde comete su primer atropello:

³ Bachelard, Gaston, *La poética del espacio*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1957.

—Si decidieron hacer rentable este accidente —dijo—, naturalmente estoy indefenso. Un caballero haría cualquier cosa para evitar un escándalo. Pónganle un precio.

o luego de la muerte de Sir Danvers Carew:

Se ofrecieron miles de libras de recompensa, pues la muerte de Sir Danvers fue sentida como una afrenta pública.

Revolución y deseo

En parte por deducción y en parte por instinto, los victorianos percibieron que el camino hacia la revolución social —propiciada entre otros por Marx y Engels, con su *Manifiesto Comunista* de 1848— y el deseo sexual estaban relacionados de alguna manera. Por lo tanto, reprimieron la sexualidad, en sí mismos y en la literatura, conteniéndola con límites precisos. Además, se dieron cuenta de que el trabajo de la industria requería una disciplina estricta e inhumana. Para mantenerla, fomentaron la idolatría de la respetabilidad: pagar las cuentas, vestir trajes oscuros y volver la agresividad hacia uno mismo en la forma de la preocupación acerca de la salvación del alma.

Este ideal del *gentleman*, del caballero tal como se concibe en esa época, lo resume con claridad el escritor inglés Gilbert Chesterton:

*Tenía la gran certeza [el pintor Watts] que distingue a los grandes victorianos de los que vinieron después de ellos: podía no estar seguro de ser exitoso, o seguro de ser genial, o seguro de ser bueno, o seguro de ser capaz: pero estaba seguro de que era correcto*⁴.

⁴ Citado en *The New Encyclopedia Britannica*, Chicago, 1988. La traducción es nuestra.

¿Cómo mantiene una sociedad tan estricta el sistema de normas que la sustenta? En primer lugar a través del encierro, del control y del silencio, lo cual nos retrotrae al sistema de oposiciones del que hablábamos al principio. En segunda instancia, por la progresiva identificación de lo distinto con lo extraño, maligno y monstruoso. No hay espacio en esta sociedad para elementos disonantes, que cuestionen la validez ideológica de las normas imperantes. Es malo todo aquel, o todo aquello, que amenace con perturbar lo que es conocido o familiar. En otras palabras, se trataría del Dr. Jekyll o Mr. Hyde.

Dr. Jekyll: “Una vida de esfuerzo, virtud y control”

En esta sociedad materialista e hipócrita, comienza el relato que nos plantea desde el primer capítulo dos enigmas: quién es el extraño Edward Hyde y qué lazos misteriosos lo unen al gentil Henry Jekyll, ese “hombre de cincuenta años, alto, apuesto, de rostro proporcionado, con cierto aire de reserva tal vez, pero con todos los signos de la inteligencia y la bondad [...]”.

Tanto Jekyll como sus amigos Utterson, Enfield o Lanyon responden al mismo tipo de caballero correcto, austero, formal, que no pierde el control de sí mismo ni invade la privacidad del otro. La amistad entre Utterson y Enfield, por ejemplo, se podría describir en términos borgesianos como “una de esas amistades inglesas que empiezan por excluir la confidencia y que muy



Fotograma del Dr. Jekyll en *La cabeza de Jano*, versión cinematográfica de Murnau, 1920.

pronto omiten el diálogo⁵. Con respecto al misterio de Hyde, que inquieta a ambos, llaman la atención algunas réplicas como la siguiente:

–No, señor, yo hice de esto mi regla: cuanto más sospechoso parece algo, menos pregunto. [Enfield]

–Una regla muy buena, en verdad –dijo el abogado.

Lo cual nos explica ese “aire de reserva” que rodea en mayor o menor medida a todos los personajes.

La crítica inglesa Rosemary Jackson⁶ analiza al apellido Jekyll como proveniente de la unión de *Je*: “yo”, en francés y *kill*: “asesino”, en inglés. Según esta interpretación, Jekyll sería el caballero correcto que es, porque ha matado a su otra parte, ha renunciado a tendencias oscuras de las cuales es portador su asistente Hyde, a quien podríamos considerar, desde este punto de vista, su otro yo.

Mr. Hyde: “Impulsos violentos y placeres secretos”

Lo violento y lo secreto parecen acompañar a Hyde, cuyo apellido significa “esconder”, en inglés. Desde las primeras líneas de la novela, hay un *crescendo* que lo convierte de un caballero apresurado en un asesino.

Contra poniéndose a la clara presentación del afamado médico londinense con todos sus títulos universitarios y honoríficos, el joven asistente se presenta de



Fotograma de Hyde en la versión cinematográfica de 1920, *El hombre y la bestia*, de John S. Robertson.

⁵ Jorge Luis Borges, “Tlón, Uqbar, Orbis Tertius”, En: *Ficciones*, 1944.

⁶ Jackson, Rosemary, *Fantasy: Literatura y subversión*, Buenos Aires, Catálogos, 1981.

manera oblicua: los distintos personajes van entreviéndolo de a poco, en la oscuridad, y tratan de volcar sus impresiones en un retrato que resulta a todas luces confuso: “Solo en un punto estaban todos de acuerdo, y era en la sensación recurrente de *inexpresable* deformidad con que el fugitivo marcaba a todo aquel que lo veía”.

El no poder determinar con exactitud la deformidad o los rasgos fisonómicos de Edward Hyde abre una gran brecha en esta cultura materialista del “ver para creer”. No se puede terminar de conocer ni de describir a Hyde, quizás porque expresa justamente lo que es mejor no ver.

Lo siniestro

Aunque no se sepa hasta el último capítulo –por cierto, no es este el lugar para develar la incógnita– ni quién es en realidad Hyde ni cuál es su relación con Jekyll, sí podemos observar los efectos que provoca en estos caballeros de vidas tan ordenadas. Enfield no puede dejar de pensar ni de hablar de él; Utterson pierde el sueño, cautivado y obsesionado a la vez; Lanyon recibe un golpe del cual nunca se recuperará al conocer la verdad de los hechos; y finalmente Jekyll se refugia en su estudio aislándose de todos sus conocidos. Hubiera resultado desde todo punto de vista conveniente que Hyde permaneciera escondido. Este hecho nos conecta con algunas de las reflexiones de Freud sobre lo *siniestro*.

El ilustre médico austríaco Sigmund Freud hace un estudio sobre la etimología de la palabra *siniestro* –en alemán, por supuesto– y llega a algunas conclusiones que nos interesan. La primera de ellas es que “lo siniestro sería aquella especie de espantoso que afecta las cosas conocidas y familiares desde mucho tiempo atrás”.

⁷ Freud, Sigmund, “Lo siniestro”, En *Obras completas*; tomo II, Madrid, Biblioteca Nueva, 1973. A este ensayo pertenecen todas las citas de esta sección.

El extraño caso
del Dr. Jekyll
y Mr. Hyde

ROBERT LOUIS STEVENSON

Traducción de
Valeria Castello Joubert.

Título original: *The Strange Case of Dr. Jekyll and Mr. Hyde*.
Publicado por primera vez en 1886.

A Katherine de Mattos¹.

*Es malo desligar los vínculos decretados por Dios;
sin embargo nosotros seremos los hijos del brezo y del viento;
aun lejos de casa, para mí y para ti
la retama florecerá con fuerza en el país del norte.*

¹ Katherine era prima de Stevenson. Se casó con un ateo de Cambridge, luego se divorció, y él la dejó con hijos y sin plata. Su primo, al morir, le dejó ayuda de su patrimonio. Había sido una huésped bienvenida en Skerryvore, Inglaterra, donde Stevenson escribió la novela. Los *vínculos* a los que se refiere bien pueden ser los del matrimonio, ya que el propio Stevenson se había casado con una mujer divorciada. En cuanto a *“lejos de casa”* y *“en el país del norte”* son claras alusiones a Escocia, la patria de ambos.

La historia de la puerta

Mr. Utterson, el abogado, era un hombre de rostro severo, que jamás iluminaba una sonrisa; frío, parco y vergonzoso en la conversación; retraído en los sentimientos; enjuto, alto, indefinido, melancólico, y aun así amable. En las reuniones de amigos, y cuando el vino era de su gusto, algo eminentemente humano brillaba en su mirada; algo que por cierto jamás tenía cabida en sus palabras, pero que no solo hablaba en esos silenciosos símbolos de su cara de sobremesa, sino más a menudo y con mayor evidencia, en los actos de su vida. Era austero consigo mismo: bebía ginebra cuando estaba solo, para controlar el gusto por los buenos vinos, y aunque le gustaba el teatro, no había atravesado la puerta de ninguno desde hacía veinte años². Pero tenía una gran tolerancia hacia los demás; a veces admiraba, casi con envidia, la gran presencia de ánimo involucrada en sus malas acciones, y en cualquier circunstancia se inclinaba más por ayudar que por condenar.

² El *teatro* era considerado inmoral por su falsedad y por la baja extracción social de los actores.

—Me inclino por la herejía de Caín³ —solía decir con extravagancia—. Dejo que mi hermano se dirija hacia el mal por su propio camino.

A este carácter se debía frecuentemente el hecho de que fuera la última relación respetable y la última buena influencia en la vida de los hombres descarriados. Y con aquellos que así eran, mientras siguieran acudiendo a su casa, jamás cambiaba en lo más mínimo su proceder.

Sin duda esta proeza resultaba fácil a Mr. Utterson, pues no era demostrativo en absoluto, y hasta sus amistades parecían estar fundadas en una universalidad semejante a la bondad natural. Es marca del hombre modesto aceptar el círculo de amistades dispuesto por las manos del destino; y este era el estilo del abogado. Sus amigos eran los de su misma sangre, o aquellos que conocía desde hacía más tiempo; sus afectos, como la hiedra, crecían con el tiempo, no dependían de la aptitud de su objeto. Tales eran, sin duda, los lazos que lo unían a Mr. Richard Enfield, su pariente lejano, hombre muy conocido en la ciudad. Era un misterio por develar qué podía ver uno en el otro, o qué tema podían encontrar en común. Contaban quienes se los encontraban en sus caminatas de los domingos que no decían nada, que parecían singularmente aburridos, y que habrían celebrado con evidente alivio la aparición de un amigo. A pesar de esto, ambos ponían las mayores expectativas en esos paseos, los contaban entre los momentos más preciosos de cada semana, y no solo dejaban de lado ocasiones de diversión, sino que también se resistían a los llamados de las obligaciones para poder disfrutarlos sin interrupción.

Sucedió que, en uno de esos paseos, su recorrido los condujo hacia una callejuela de un barrio comercial de Londres. La calle era pequeña y hasta parecía tranquila, pero durante los días hábiles

³ Se refiere a la herejía gnóstica del siglo II.

se veía animada por el ajetreo comercial. A los vecinos les estaba yendo bien al parecer, y todos esperaban competitivamente seguir mejorando e invertían el beneficio de sus ganancias en coquetería. Tanto es así que las vidrieras de las tiendas se alineaban a lo largo de las veredas con un aire sugestivo, como hileras de sonrientes vendedoras. Incluso los domingos, cuando se velaban sus encantos más floridos y estaba en comparación vacía de transeúntes, la calle contrastaba con su barrio deslucido, como un fuego en el bosque, y con sus contraventanas recién pintadas, sus bronce lustrados, su limpieza general y su toque alegre, instantáneamente cautivaba y complacía a los ojos del paseante.

Dos puertas pasando cierta esquina, yendo hacia el este por la mano izquierda, la línea se quebraba con la boca de un callejón sin salida; y justo en este punto la mole siniestra de un edificio tendía su alero sobre la calle. Tenía dos pisos; no había ventanas, sino tan solo una puerta en la planta baja y un frente ciego de descolorida pared en la planta alta, y llevaba en cada detalle las marcas de una prolongada y sórdida negligencia. La puerta, que no tenía campanilla ni aldabón, estaba picada y desteñida. Los vagabundos se repantigaban bajo la entrada y frotaban fósforos contra sus paneles, los niños vendían cosas en los escalones, los colegiales habían probado sus cuchillos sobre las molduras, y casi por una generación, nadie había aparecido para ahuyentar a estos visitantes ocasionales o para reparar sus estragos.

Mr. Enfield y el abogado estaban en la vereda de enfrente del callejón; pero cuando se acercaron a su boca, aquel alzó el bastón y, apuntando, preguntó:

—¿Te has fijado alguna vez en esa puerta? —y cuando su compañero respondió afirmativamente, agregó—: Está asociada en mi mente con una historia muy extraña.

—¿En serio? —dijo Mr. Utterson, con un leve cambio en la voz—. ¿Y de qué se trata?

Índice

Puertas de acceso	3
Una casa con dos puertas	5
Una sociedad con dos caras	7
Revolución y deseo	8
Dr. Jekyll: “Una vida de esfuerzo, virtud y control”	9
Mr. Hyde: “Impulsos violentos y placeres secretos”	10
Lo siniestro	11
Lo escondido	12
Literatura y expresión	13
Los primos de Hyde	13
Stevenson y sus <i>brownies</i>	15
La obra	19
La historia de la puerta	23
En busca de Mr. Hyde	31
Dr. Jekyll estaba en perfecta calma	41
El caso del asesinato de Carew	44
El incidente de la carta	50
El notable incidente del Dr. Lanyon	56
El incidente en la ventana	61
La última noche	64
El relato del Dr. Lanyon	79
El relato completo del caso, por Henry Jekyll	88
Bibliografía	109